

San Francisco Javier (3 de diciembre)



Datos básicos

Nació en el castillo de Javier (Navarra) el año 1506. Cuando estudiaba en París, se unió al grupo de san Ignacio. Fue ordenado sacerdote en Roma el año 1537, y se dedicó a obras de caridad. El año 1541 marchó al Oriente. Evangelizó incansablemente la India y el Japón durante diez años, y convirtió muchos a la fe. Murió el año 1552 en la isla de Sanchón Sanción, a las puertas de China.

Memoria litúrgica

Prefacio (Propio de la Compañía de Jesús)

... encendiste en san Francisco Javier, hijo de la primera compañía, el ardor de la caridad y el celo de las almas, para que, despreciando riesgos, fatigas y trabajos, emprendiese innumerables viajes, y anunciase el evangelio a muchas naciones, a las que inició en los sacramentos de la salvación y agregó a tu pueblo.

Oración: Señor, Dios nuestro, que quisiste que numerosos pueblos llegaran a conocerte por medio de la predicación de san Francisco Javier, concede a todos los bautizados un gran celo por la propagación de la fe, para que así tu Iglesia pueda alegrarse de ver aumentados sus hijos en todo el mundo.

Perfil espiritual y apostólico

Javier permanecerá como la figura exponencial del misionero entre infieles de la Edad moderna, y no sin razón. Hubo muchos y grandes en aquellos tiempos: Pedro Claver, José de Anchieta, Berceo, Francisco Solano, Luis Bertrán y Exarch ... , pero la vida misionera de Javier tiene algo de incomparable. Su vida fue sobrehumana. Pobreza radical, con camisa y calzado prestado a veces por los soldados. El vestido de clérigo de India, remendado, descolorido, gastado, raído. Además penitencias increíbles. Por cama el suelo, un catre de cuerdas o una estera. El breviario, la Biblia y el *Opus de religiose vivendi instituciones* de Marcus Marolus (1531), cuando los podía tener. Con poquísimos auxilios, y estos casi siempre improvisados. Todo estaba por hacer. Entre enfermos, leprosos, salvajes, presos, pobres. Con lenguas difícilísimas de aprender.

Por eso se comprenden tantos viajes: desde Lisboa debieron acercarse a los 100.000 km. A pie o en embarcaciones molestísimas, con climas extremados de fríos y calores, entre peligros siempre. Se le ha acusado de su excesiva movilidad. Ya un franciscano en Goa se lo echó en cara: «El padre Francisco da muchas vueltas». Él contestó: «Si yo mismo en persona no visitara esas tierras, no podría conocer sus necesidades. Me faltaría la experiencia necesaria para dar normas de conducta, y uno de los requisitos capitales de la prudencia es la experiencia personal». Se sintió movido a abrir rutas nuevas, a acelerar una evangelización que se estancaba. Su empuje no fue más fuerte posteriormente porque los holandeses e ingleses desbancaron la presencia de Portugal en aquellas regiones. Sin embargo el surco no se borró ya nunca, y sigue avanzando lentamente.

Sus métodos misioneros estuvieron condicionados en parte por la presencia política y militar de Portugal: no podía ser de otra manera en aquellas circunstancias. La manera de

acercarse a sus evangelizados fue siempre por y con amor. Adaptándose en lo posible a sus costumbres, hasta religiosas, mientras estas no contradijesen las enseñanzas de la Iglesia. Él mismo lo proclamaba así. En esa línea actuarían después más decididamente Nobili y Mateo Ricci.

¿Su secreto? Una gracia extraordinaria de Dios: el amor divino le abrasaba: «¡Basta, Señor, basta!». Celebraba la eucaristía entre lágrimas y éxtasis. Las noches casi enteras en oración. El rosario colgado al cuello. «¡Vive en el cielo!», se decía de él. Todos le llamaban el gran padre, el santo padre. Cariñoso, amable, sacrificado al máximo. Exigente con sus jesuitas: al mismo P. Ignacio le pareció muy dura la expulsión de Antonio Gomes. Con un gran amor a Ignacio de Loyola y a toda la Compañía. Los amó hasta el extremo: «¡Compañía de Jesús, Compañía de amor!». Las cartas de Ignacio le llenaban de consuelo, era «el padre de su alma», él era «el hijo menor en destierro mayor»; llevaba siempre consigo su firma en un relicario. Gozaba con las cartas de sus hermanos de Europa, con los trabajos de todos por todas partes. Fue una inmensa nostalgia la que le acompañaba, animándole a la vez.

Dios confirmó su esfuerzo gigante con los carismas de vidente, profeta y taumaturgo: se le atribuyeron muchos milagros, hasta el de resucitar muertos. Un día el crucifijo que llevaba al cuello se le perdió en las aguas del mar; días después, en la costa de Baraunda, un cangrejo lo trajo entre sus pinzas y lo dejó en la arena: Cristo crucificado le venía a confirmar en su vocación. Ignacio hace decir al Señor: «Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles». Javier respondió, y ha arrastrado a otros muchos a la misma misión.

Su fiesta litúrgica se celebra el 3 de diciembre. Suele representarse con traje de clérigo español de la época y con un crucificado en la mano. (Baldomero Jiménez Duque)